

SERGIO GREZ TOSO

Movimiento obrero, Estado y “emancipación de los trabajadores” (Chile, 1888-1927)

Santiago, Ediciones del Despoblado, 2023, 414 pp. ISBN 978-956-09472-5-3

La historiografía social chilena cuenta con pocos proyectos intelectuales tan sistemáticos y persistentes como el de Sergio Grez Toso. Su obra reciente, *Movimiento obrero, Estado y “emancipación de los trabajadores” (Chile, 1888-1927)*, publicada por Ediciones del Despoblado en 2023, reúne un conjunto de estudios que consolidan una trayectoria dedicada a comprender la formación del movimiento obrero y popular chileno desde una mirada totalizante, en la que convergen historia política, historia social e historia cultural. En la tradición de E. P. Thompson¹, a quien Grez cita en la apertura del libro, la clase obrera no es concebida como un dato, sino como un proceso de formación histórica. Este principio metodológico organiza la lectura del ciclo 1888-1927, momento de gestación, expansión y transformación del movimiento de “los de abajo” frente a la hegemonía del Estado oligárquico. El texto se presenta como síntesis madura de casi tres décadas de investigación, pero también como ejercicio de memoria histórica en un país que parece olvidar el papel fundante del mundo popular en su modernización.

En cuanto a la matriz interpretativa, la idea central que estructura la obra es la del tránsito del proyecto de “regeneración del pueblo” –propio del artesanado ilustrado del siglo XIX– a la consigna de la “emancipación de los trabajadores”, que emerge con el proletariado industrial. Este desplazamiento no supone una ruptura tajante, sino un proceso de mutaciones culturales, ideológicas y organizativas. Grez describe con minuciosidad cómo las tradiciones mutualistas, el racionalismo moralizante y el republicanismo popular del siglo XIX se sedimentan en las nuevas formas de sociabilidad obrera, configurando un ethos político que combina educación, disciplina y lucha. De este modo, el autor articula el campo cultural con las transformaciones materiales: el crecimiento urbano, la expansión industrial y el impacto del capitalismo global en la periferia chilena. El resultado es una mirada compleja que integra la historia económica con la historia de las representaciones.

El volumen se organiza en ocho capítulos precedidos por una introducción extensa y un epílogo. Cada uno corresponde a estudios revisados de Grez publicados entre 1999 y 2023, reunidos ahora bajo una arquitectura común. Los primeros capítulos –centrados en las huelgas generales de 1890 y 1907– funcionan como polos de observación para analizar la transición del movimiento popular artesanal a la modernidad obrera. A través de un trabajo documental exhaustivo, que incluye telegramas, oficios, causas judiciales y prensa obrera, el autor reconstruye las formas de protesta y organización de un mundo en transformación. El capítulo segundo, “Transición en las formas de lucha”, marca un punto de inflexión al comparar motines peonales y huelgas obreras, proponiendo una tipología de las resistencias que anteceden a la modernización del conflicto social. Este análisis de las continuidades entre asonadas y huelgas revela la coexistencia de comportamientos tradicionales con prácticas modernas de organización, una tesis que

¹ E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989.

dialoga con los estudios de George Rudé y Eric Hobsbawm sobre las multitudes y las rebeldías primitivas.

Uno de los aportes más potentes del libro reside en la lectura del Estado como actor en disputa. Lejos de reducirlo a un mero instrumento de dominación, Grez analiza su evolución como reflejo de la conciencia de clase de las élites. Durante las décadas iniciales del siglo XX, la oligarquía chilena transita de una estrategia de represión abierta a otra de control mediante concesiones y cooptación. En los capítulos dedicados a la legislación social y los mecanismos de conciliación y arbitraje, el autor muestra cómo el poder hegemónico asimiló las demandas populares sin alterar la estructura del orden capitalista. Este proceso de integración subordinada es interpretado como una forma temprana de gobernabilidad neoliberal, en la que la protección social se convierte en un instrumento de disciplinamiento. La referencia a Gramsci y su concepto de “revolución pasiva” ilumina esta lectura, que se despliega en diálogo con las corrientes contemporáneas de historia del Estado y la ciudadanía.

Los capítulos quinto al séptimo abordan la evolución interna del movimiento obrero en sus múltiples expresiones organizativas. El mutualismo, las sociedades de socorros y las mancomunales son presentadas como formas de autodefensa colectiva, pero también como espacios de educación política y formación moral. Grez subraya que no existió una sustitución mecánica entre estas formas: el mutualismo persistió incluso cuando surgieron los sindicatos, y muchos dirigentes sindicales provenían de esas antiguas redes de sociabilidad. En el análisis de la Federación Obrera de Chile (FOCH), el autor identifica un proceso de síntesis entre la cultura ilustrada del artesanado y las estrategias de lucha proletarias. Esta lectura compleja evita las interpretaciones lineales del marxismo tradicional, mostrando que la clase obrera chilena se constituyó tanto en la fábrica como en la escuela nocturna, en el taller y en la sociedad de socorros mutuos.

El octavo capítulo, dedicado a la Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales de 1925, ocupa un lugar especial en el conjunto. Grez reconstruye este episodio olvidado como un intento de rearticular la soberanía popular frente al Estado oligárquico. En contraste con la narrativa institucional de la Constitución de 1925, esta “Constituyente chica” encarna el proyecto alternativo de una república social, impulsado por trabajadores y dirigentes culturales. El autor propone una lectura que va más allá de la descripción factual, sugiriendo que este episodio sintetiza un horizonte truncado de la modernidad chilena. A través de esta experiencia, el libro invita a pensar la historia no solo como conocimiento del pasado, sino como memoria activa de una posibilidad emancipadora interrumpida.

La obra de Grez se inscribe en una constelación de historiadores que, desde fines del siglo XX, buscaron reescribir la historia de Chile desde el punto de vista de los subalternos. Comparada con otros trabajos, centrados en la cultura pampina y la identidad obrera del norte salitrero, la propuesta de Grez privilegia la escala nacional y el análisis institucional. Con Gabriel Salazar comparte la preocupación por el poder constituyente de los sectores populares, aunque se distancia de sus formulaciones más sociológicas al enfatizar la mediación política y cultural.² En cambio, su diálogo con Eduardo Devés es más directo,

² Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios*, Santiago, Lom Ediciones, 2000.

especialmente en torno al concepto de “cultura obrera ilustrada”, que Grez prolonga hacia las décadas posteriores al Centenario.³ En este sentido, el libro funciona como síntesis de las tres corrientes principales de la nueva historia social chilena: la estructural, la cultural y la político-institucional.

Uno de los méritos, no menos destacable del texto, reside en su escritura. Grez cultiva un estilo claro, pero de gran densidad conceptual, en el que la narración empírica se entrelaza con la reflexión historiográfica (algo a lo que se debe todo historiador propiamente tal, como sostenía Josep Fontana). La prosa combina precisión documental y tono evocador, evitando el tecnicismo sin renunciar al rigor. La cita a Thompson en la introducción cumple una función programática: situar la historia como práctica ética.

La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza externa –la ‘Revolución Industrial’– que opera sobre una materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente, en una ‘nueva estirpe de seres’⁴.

El autor no solo reconstruye hechos, sino que restituye voces. Los trabajadores y trabajadoras que aparecen en sus páginas –tipógrafos, mineros, portuarios, costureras– son sujetos históricos demarcados, con sus contradicciones, esperanzas y límites. En esto, su narrativa recuerda la tradición de la historia social británica y la sensibilidad literaria de los cronistas de la cultura popular latinoamericana.

Pero aquí un último punto: el diálogo entre pasado y presente. En un contexto contemporáneo, marcado por la crisis de representación política y la precarización del trabajo, el libro de Grez adquiere una resonancia particular. Su insistencia en comprender la historia del movimiento obrero como una historia de ciudadanía social resulta especialmente pertinente ante los debates actuales sobre desigualdad, derechos laborales y memoria. El historiador nos recuerda que las conquistas sociales fueron fruto de luchas concretas y de sujetos colectivos que arriesgaron su vida por un horizonte de justicia. La obra interpela, así, a las generaciones presentes no solo como ejercicio de conocimiento, sino como llamado ético a repensar la democracia desde la base social. Y, no obstante, Grez sabe cuál es peligro de este diálogo pasado-presente: “la búsqueda de los deseos del presente en el pasado sigue siendo uno de los mayores riesgos que acechan a los historiadores”, afirma parafraseando a Hobsbawm.

Este libro es más que una compilación de estudios: constituye una síntesis interpretativa sobre la formación histórica de la clase trabajadora chilena. Su valor reside tanto en la densidad de su análisis empírico como en su capacidad de conectar lo social con lo político, lo estructural con lo simbólico. Sergio Grez ha construido, a lo largo de su trayectoria, una obra coherente que restituye a los sectores populares su papel central en la construcción del país moderno. La lectura de este libro deja la sensación de asistir a una arqueología de la esperanza: la reconstrucción de un pasado en que los trabajadores soñaron con emanciparse

³ Eduardo Devés Valdés, “La cultura obrera ilustrada chilena”, *Mapocho*, n.º 30, Santiago, 1991, pp. 127-136.

⁴ Thompson, 1989, *op. cit.*, p. 203.

del tutelaje del Estado y del capital. Desde la perspectiva del oficio del historiador, este texto representa una invitación a continuar indagando en las formas en que el pueblo chileno ha imaginado su propia libertad.

PABLO ARAVENA NÚÑEZ*
Universidad de Valparaíso
Chile

* Profesor titular del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, Valparaíso, Chile. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0001-7373-4265>. Correo electrónico: pablo.aravena@uv.cl.

